

de simpatía entre el indio y el conquistador. Fué, desde luego, una animadversión de raza, que los descendientes siguieron abrigando, al persistir, como persistieron, aquellas condiciones; con lo cual, la independencia, obra de los blancos, nada modificó tampoco. El país siguió poseído por los mismos conquistadores, aunque emancipados ellos de su antiguo amo el rey; pero, con esto, las cosas empeoraron más bien para el indio, pues lo cierto es que la Corona no solía protegerlo contra el rigor de sus propios súbditos, al paso que la igualdad democrática de la teoría, entrególo indefenso a la dureza de su efectiva inferioridad.

No se hizo más que salir de una arbitrariedad para caer en otra, sin remediar del todo las consecuencias de la primera: tan cierto es que la dignidad de la condición humana no es cosa de otorgar o de reconocer por ley, sino estado de conciencia que cada cual alcanza por cuenta propia.

Efectivamente, la conquista fué el forzamiento del indio a un género de producción que le repugnaba, al constituir la más violenta negación del rendimiento mínimo exigido por los sistemas comunistas de Méjico y del Perú a cada miembro de la sociedad; lo cual anulaba a la vez la ambición y la competencia.

Dichas poblaciones habían perdido para siempre, según se ve ahora mismo, la facultad individualista de producir y de aumentar la riqueza personal, o sea, la capacidad ahorrativa y la satisfacción de sobresalir mediante la multiplicación de aquella riqueza. Su conformidad dichosa o pasiva en los regímenes autóctonos tornóse pesimismo bajo la dominación ajena que fué incapaz de sacudir; con lo que, el trasplante de la democracia resultó otro forzamiento artificioso a un sistema condicionado por fenómenos físicos y morales completamente distintos. El dominador, al tornarse republicano con la independencia, no había realizado fusión, ni siquiera acercamiento cordial con el dominado; de suerte que la democracia empezó por carecer de pueblo orgánicamente constituido. Fué la realización exacta del guiso de liebre sin liebre, o sea el primer fraude, pese a la buena intención.

Todos los grandes comentadores de la democracia americana, desde los redactores del *Federalista* hasta Tocqueville y Laboulaye, Samper, Lastarria y Alberdi, han señalado el móvil primordial del ciudadano en aquélla: «hacerse rico», según la fórmula sintética y positiva del pensador argentino. Porque la democracia es el sistema político resultante de nuestra civilización industrial y comercial.

Ahora bien, el indio no sabe enriquecer: Aunque sea grande a veces su capacidad de trabajo, no ahorra ni multiplica la riqueza. Es la negación del capitalista. Su pesimismo, probablemente original, es inaccesible al encanto de la aventura y de la empresa. Otro motivo de profunda incompatibilidad con el conquistador, esencialmente ambicioso y aventurero. El Descubrimiento fué, ante todo, una empresa comercial, y la Emancipación, en gran parte, una apertura de mercados: fenómenos correlativos, resultantes a su vez de la expansión del tráfico, que es el propulsor de la civilización moderna.

Víctima suya desde el comienzo, el indio continúa siendo en ella el conquistado. Nunca la ha entendido ni le interesa. Por esto, vímoslo oponerle una inquebrantable resistencia pasiva o voluntad de conservarse, cuanto le es posible, en el estado precolombiano que lo caracteriza con asombrosa persistencia.

Un escritor peruano de gran talento y vasta información personal en la materia, D. Enrique López Albújar, dice en sus *Cuentos Andinos*, valiosísimo estudio de psicología india (página 196, *Cachorro de Tigre*):

«¿Qué vale para el indio la luz de todas las civilizaciones juntas, disfrutada al amparo de la ciudad, comparada con su

rayo de sol disfrutado al amor de sus majestuosas cumbres andinas?... La cultura es para él un bien que desprecia, y la comodidad un yugo que odia».

Y el ilustre arqueólogo Dr. D. Julio C. Tello, peruano también, concluye en su *Introducción a la antigua Historia del Perú*, última página:

«Nuestra actual civilización hispano-peruana no puede levantarse sino sobre el pedestal indígena, y no puede mantenerse firme si no se adapta completamente al medio».

Pero ¿saldrá posible la conciliación presunta por dicho plan, bajo las instituciones de la democracia anglo-sajona que no es, precisamente, ni peruana ni hispánica?

Visitando cierto día el retiro estudioso de un sabio peruano cuya dedicación a la más pacífica de las ciencias para excluir la pasión política, me avancé a opinar que la conquista como acto irrevocable de dominación, consumado por el tenar de aventureros, demostraba una asombrosa incapacidad de los indios para defender su populoso Imperio, no menos que una increíble resignación a ese acto de fuerza. Resultado, concluí, del sistema enervante que debió ser aquel comunismo.

Mi interlocutor se yergue vivamente, poseído de verdadera indignación.

—Es la opinión falsa, superficial de todos ustedes: los blancos, añade, con tono sarcástico que no intenta reprimir.

Diga usted, prosigue orgullosamente, a un indio de pura sangre, que va a decirle la verdad, siempre interesante de inculcar en un escritor a quien se estima: la conquista fué una monstruosa traición a la que nunca nos resignamos. Ese comunismo incásico era un estado tan perfecto de civilización fundada en la justicia social, que apartaba hasta la idea de aquella felonía.

Convengo, añade con amarga nobleza, en que la dicha y la equidad practicada durante siglos habíanos tornado poco aptos para la barbarie de la guerra. Vencidos, diezmados con saña feroz, no olvidamos ni olvidaremos nunca. Nuestra esperanza y nuestra paciencia tienen la firmeza de nuestros montes. Nada queremos con el blanco, tan enemigo ahora como ayer. La raza volverá a ser un día lo que fué en sus costumbres y en su suelo. La civilización de los Incas renacerá para nosotros. ¡Sólo para nosotros! La voluntad de la raza constituye, a este respecto, un bloque de granito. Y lo mismo ahora que dentro de quinientos años, ella no cejará hasta no haber expulsado al último blanco de nuestro suelo.

La exaltación de ese sabio, verdadero monje de la ciencia, es para mí una revelación del traspensamiento formidable y oscuro que la fisonomía del indio disimula como inmovible máscara. Por primera y única vez, quizá, veo alterarse con imperioso movimiento y oigo hablar a esa piedra con su verdadera voz. Entonces comprendo.

Comprendo por qué el primer descuido o abandono de la reserva ya automática a fuerza de secular, transforma la sumisión del proletario, la indiferencia evasiva del transeunte, la misma inocencia del niño, en una expresión de rencoroso desprecio. Bajo la mirada enemiga que lo sorprende, sobreviene, al acto, la opaca petrificación, el repliegue fatal del alma en la sombra. La hipocresía pertinaz ha acuñado en esa expresión una verdadera estilización siniestra. El mutismo característico de aquella gente asecha y elude. Nada tan desolado como su seriedad. El indio ha perdido la risa. Todas sus ternuras, desde la embriaguez hasta el amor, las llora. Su dignidad ante el dominador consiste en lo inconquistable de su afecto. Su estado permanente de guerra contra él es una absoluta renuncia a la misericordia. Guerra de las almas, que resulta la perfección del odio, añejado en la impotencia como un ponzoñoso licor. Una leyenda bastante difundida pretende que los aymarás, cuando consiguen capturar un blanco en se-